

# LA LUZ DEL OBRERO

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Cieza un mes. . . 0'30 ptas.  
Fuera trimestre. . . 1'00 «

Director: JOSE ROS MARIN

Toda la correspondencia á la Redacción.

ESPARTERO 13.

No se devuelven los originales.

## El Triunfo de Rusia

Buseo en mi alma cuerdas que vibren sacudidas por el heroísmo guerrero de Stoessel, y no las hallo. Stoessel iguala á los mayores héroes militares; pero mi alma, educada en otros sentimientos y dirigida hacia otros ideales, no puede, no sabe estremecerse con las bravuras de un soldado.

El emperador japonés felicita al defensor de Port-Arthur; el Czar le llamará su hijo predilecto, le pondrá una cruz más sobre el uniforme mientras el Santo Sínodo le pone otra bendición más sobre la cabeza, y el guerrero salvo saldrá por las rotas defensas al frente de sus tropas con todos los honores militares, á tambor batiente.

El nombre de Stoessel pasará á la historia; Stoessel volverá á Rusia para gozar los triunfos materiales y morales á que le hace acreedor su heroísmo. Los soldados que pelearon como él y fueron héroes sin esperanzas de recompensas, osos se pudrirán de incógnito bajo los escombros de la rendida fortaleza, abenarán con sus restos en descomposición los campos manchurianos, ó volverán á Rusia, los inútiles á mendigar, los sanos á cavar la tierra y á pagar las contribuciones.

Para osos soldados defensores de Port-Arthur no habrá más cruces efectivas que la amarga cruz de su vivir, ni más bendición que la de sus padres, ni más historia que la referida en voz baja por cuatro viejos junto á hogares escasos de alimento y de leña. El Czar les llamará hijos cuando desfilen por delante de él y les tratará como siervos cuando se desperdigen sobre la estepa.

Cuando piense en esto se me llenan los ojos de lágrimas; y si no encuentro en mi alma palpitaciones de entusiasmo para el bárbaro heroísmo de Stoessel, las hallo de ternura y de compasión para los infelices soldados que le ayuda-

ron á hacerse héroes.

Por lo demás, la rendición de Port-Arthur me ha causado profunda alegría. No ciertamente por el triunfo de Mutsu-Hito y de su Japón oficial. ¿Ese qué? En tal sentido significan lo propio á mis ojos el Czar que el Mikado.

Mi alegría es porque la caída de Port-Arthur prolonga el principio de otra caída: la caída de la Rusia oficial, de la Rusia que representa para la civilización una amenaza, y para la humanidad una deshonra.

Si Port-Arthur no hubiese caído; si la escuadra rusa no se hubiese deshecho á golpe de cañón japonés; si Kuropatkin no hubiese ido de retirada en retirada y derrota en derrota; si todos esos batallones y barcos; si todos esos jefes con uniformes festoneados de pieles y bordados de oro hubiesen impuesto al Japón, por decretos de la victoria, las voluntades del autócrata ruso, ¿qué hubiera hecho el autócrata ruso, el pontífice de la Rusia oficial, con la otra Rusia, con la Rusia humana que gime de hambre en las estepas y agoniza de miseria en los talleres y tiembla de espanto en los gabinetes de estudio? ¿Que hubiera sido de los ganados de humanas criaturas, que los caprichos del autócrata llevan de un lado á otro cuando bajan humildemente la cabeza, y que las ferocidades del autócrata entierran en las minas siberianas y cuelgan de las horcas cuando quieren alzar la cabeza en son de pretesta ó de rebeldía?

¿Que hubiera sido de toda esa Rusia si la victoria se inclina del lado de Nicolás II?

¿Que hubiera sido!... El Czar triunfante, sus generales vencedores, las tropas volviendo á la patria para imponer el despotismo á balazos y la servidumbre á crujidos de látigo; los que durante la guerra maldijeron de ella por inicua y de sus iniciadores por insensatos y crueles, sacarían de su ocio á los instrumentos de tortura; repobla-

rían los *in pace* de nieve, que la muerte con ser tan ligera en vaciarlos, nunca deja vacíos; los pensadores tendrían que echar la llave á sus cerebros; los trabajadores que poner mordaza á su hambre y puntales á su resignación; las esperanzas de libertados y progresos que detener su viaje á la realidad. Europa, inclinada ante los vencedores, que sufrir sin protesta el encastillamiento de la barbarie en plena civilización. Todo enmudecería ante la voluntad del autócrata y la dinamita sería la única voz redentora que se alzase en el imperio ruso.

Ahora, no. La derrota de la Rusia oficial es el triunfo de la Rusia humana. Los uniformes festoneados de pieles y bordados de oro, las armas relucientes, los barcos podridos de cañones, la vistosa quincallería con que el despotismo se ufana para cifrar en ella su razón de existir, pierde su prestigio «Si ni aun para matar bien y vencer bien servís, ¿á título de qué tratáis de imponeros y de esclavizarnos?, gritara el pueblo ruso. Perdida vuestra bárbara y sangrienta aureola, ¿que derecho os asiste para seguir viviendo? Morid. Enterrad lo que ha dejado vivo de vosotros el peleado japonés; enterrad con vosotros la Rusia de la fuerza y la maldad, de la conquista y de la servidumbre, y ceded el paso á otra Rusia, á la nuestra, á la Rusia que quiero incorporarse á la humanidad.»

Realmente, la derrota del Czar es el triunfo de Rusia. Más que los japoneses, deben celebrar los rusos el rendimiento de Port-Arthur.

Port-Arthur rendido es para los japoneses una victoria militar; para el pueblo ruso, una victoria humana.

JOAQUIN DICENTA.

